EVOLUCIONISMO Y DOGMA

P. Juan Luís Segundo S. J.

Quando de minha estada em Montevideu, em fevereiro de 1960, a convite do Instituto de Estudos Superiores daquela cidade, tive oportunidade de participar de uma Mesa Redonda sobre «O evolucionismo no pensamento científico atual».

Uma das contribuições mais interessantes da referida Mesa Redonda dizia respeito a problema que ainda se debate em nosso meio: se existe oposição entre o evolucionismo e o dogma católico.

Visando a contribuir para uma melhor esclarecimento desse assunto, pedi permissão ao autor da contribuição para divulgá-la no Brasil, tendo-me sido esta gentilmente dispensada.

Francisco M. Salzano

Quizás la única justificación de que hable aquí hoy, no siendo científico, es lo que acaba de decir el Profesor Estable de que es prácticamente imposible hablar de algo sin hablar de evolucionismo. Y precisamente este abarcarlo todo, propio de la concepción evolucionista del universo, obliga a todo hombre conciente a adoptar una posición frente a él. Y esto tiene que ser verdad muy especialmente del dogma católico, que aspira a brindar una concepción total del hombre y de su existencia.

No puedo menos que desilusionar, en cierta manera, al audi-

torio, al afirmar que no hay, hoy em día, *ninguna oposición entre el dogma católico y el evolucionismo*.

Si se me permite un recuerdo personal, cuando hace quince años, comencé mis estudios de filosofía, en una facultad eclesiástica, mi profesor de cuestiones biológicas relacionadas con la filosofía nos enseñaba el evolucionismo como un hecho, aun cuando quedaran puntos oscuros sobre el modo concreto de su realización. Y lo mismo puedo afirmar de mis estudios de teología en Lovaina.

Más aún, una buena parte de las investigaciones que hoy se realizan en la dogmática católica, tienen como hipótesis de trabajo una concepción evolucionista del universo.

Decía, por lo tanto, que *hoy en día* no existe ninguna oposición entre el dogma católico y el evolucionismo, sobre todo después de la declaración tan explícita del Papa Pío XII en 1950 sobre la libre discusión del evolucionismo entre católicos. Pero cabe preguntarse *si siempre sucedió así*.

En otras palabras: ¿el dogma católico tuvo, anteriormente a 1950, otra posición con respecto al evolucionismo? Y si se responde por la afirmativa, ¿a qué se debió esa primera posición, y el cambio que acaba de tener lugar en la actualidad?

I

Aunque el evolucionismo nunca fué *declarado oficialmente* como incompatible con el dogma católico, es cierto que, en el momento de su aparición como teoría científica, y en el momento de su auge, muchos católicos creyeron en esa incompatibilidad, y es cierto también que los tratados de dogmática hasta hace cierto tiempo impugnaban unánimemente el evolucionismo.

Ello se debió, a mi parecer, a dos razones de muy diferente valor. En primer lugar a un conocimiento insuficiente, por parte de los teólogos, acerca de los problemas de redacción y de exégesis de los libros sagrados de la Biblia, y, en especial, del Génesis, que es el que interesa más con respecto a los orígenes del mundo y del hombre. La segunda razón, más importante y actual, fué la mezcla que ha habido, bajo el nombre de evolucionismo,

entre hechos científicos probados, y conclusiones filosóficas que van más allá de esos mismos hechos.

A. — La primera razón, decíamos, de ese rechazo del evolucionismo, consistía en que se tenía el relato bíblico de la creación como un relato *histórico en el sentido científico y moderno* de la palabra histórico. Como si el Génesis nos presentara algo así como la crónica circunstanciada de un testigo de la creación originaria. No es extraño que el evolucionismo pareciera contradecir abiertamente una verdad histórica revelada por Dios a la humanidad.

La renovación de los estudios bíblicos con un criterio más científico, permitió descubrir, por ejemplo, que existían en el Génesis, no uno, sino por lo menos dos relatos distintos de la creación. De este modo, la ciencia de la exégesis textual reclamada por Pío XII, mostraba que no había que buscar en esas obras literarias, conformemente a las leyes literarias de su redacción, un relato científicamente histórico, sino la expresión, bajo diferentes formas y narraciones, de una misma verdad religiosa. Y esa verdad religiosa, que para el creyente es *histórica*, puesto que es una verdad sobre el pasado, sobre los orígenes del mundo y del hombre, consistía en afirmar el origen creado de la realidad en general, y una especial intervención de Dios en la aparición del hombre a fin de dotarlo de las cualidades espirituales que corresponden a su destino central y a su valor en medio del universo.

Desde entonces nadie pensó ya en buscar en el libro del Génesis la verdad por o contra el evolucionismo. La evolución biológica, y aun la evolución de la materia toda, aparecen así como una hipótesis entre otras, perfectamente compatible en principio con el dogma católico, y no queda, en palabras de Pío XII, sino "dejar al porvenir la respuesta a la pregunta de si un día la ciencia... podrá ofrecer resultados seguros y definitivos sobre punto tan importante" (Aloc. del 30/XI/41). Y aun queda evidentemente al juicio de ustedes el decidir si la ciencia ha alcanzado ya esa seguridad tan preciosa para el pensamiento humano.

B. — Pero si durante mucho tiempo se miró al evolucionismo como incompatible con el dogma católico, y aun con el

dogma cristiano en general, ello no se debe sólo, ni siquiera primariamente, a una defectuosa comprensión del relato bíblico. Existe, decíamos, una segunda razón, más importante y no desprovista de significación actual, aunque ya no produzca ese antagonismo entre dogma y evolución.

Todo descubrimiento científico contribuye (y es ése su valor y su sentido), a estructurar una visión sintética del universo y del hombre que lo habita. En otras palabras, el hombre científico no debe ni puede encerrarse siempre dentro de los límites de la ciencia propiamente tal. En el hombre normal, la ciencia incide siempre en lo filosófico.

En otras palabras, la existencia del hombre sintetiza continuamente lo que puede probar científicamente con lo que espera o cree poder probar por su filosofía (sea ésta conciente o no). Y a menudo pone bajo un mismo nombre (y precisamente bajo el nombre científico) tanto el descubrimiento mismo como la conclusión filosófica que cree poder derivar de él. Sobre todo cuando el descubrimiento es reciente y no se han ocupado de él todavía las distintas ideologías. Sólo después de cierto tiempo aparece con más claridad lo que es propiamente demostrable científicamente, y aparece así el descubrimiento en lo que yo llamaría su plena *neutralidad* filosófica. Así ha pasado, en época reciente, con el psicanálisis de Freud, con la relatividad de Einstein, etc.

Así sucedió también con el evolucionismo. Apareció, como ustedes saben, en un contexto ideológico muy determinado históricamente. El valor puramente científico de la teoría evolucionista apareció históricamente unido a ideologías estrictamente filosóficas, y como proporcionándoles una base científica. Y no hay una crítica en ello, pues ya he dicho que ello es normal. En el caso del evolucionismo me refiero al *contexto materialista, mecanicista y determinista* con que aparece ligado.

De él proviene la primera reacción negativa por parte de los teólogos católicos. Es decir, por parte de hombres que, por un lado no podían juzgar con conocimiento de causa dónde terminaba lo científico y dónde comenzaba lo filosófico en una tal teoría; y que, por otra parte, creían tener en el dogma un criterio válido, no ciertamente para controlar los resultados

científicos, pero sí los resultados filosóficos. Era, pues, menester que el evolucionismo llegara a esa positiva neutralidad filosófica de que hablábamos, o sea que apareciera reducido a sus auténticas dimensiones científicas, que no saliera de ese campo en el que, según las palabras de Pío XII antes citadas, la ciencia, y sólo la ciencia, puede decidir con verdad.

II

A. — Pero decir que ese momento de decantación del evolucionismo ha llegado, significará, por lo mismo, afirmar que no puede ya confundirse la teoría de la evolución del universo con un materialismo, un mecanicismo o un determinismo universales. ¿Es ello así?

Creo poder afirmar que sí. Y ello no sólo por el argumento práctico de que el mismo dogma católico ya no ve en el evolucionismo la negación de las verdades recibidas por la Revelación.

Existen argumentos más ciertos de que se ha llegado a ese momento de positiva y fecunda neutralidad, y como los argumentos que conozco mejor son los que pertenecen a la vida cultural y filosófica francesa en la actualidad, por haber vivido allí en estos últimos años, me referiré a tres ejemplos que me parecen significativos.

El profesor Merleau-Ponty, uno de los más conocidos filósofos de tendencia atea en Francia, y gran conocedor de los problemas epistemológicos relacionados con la filosofía está dictando un curso en el *Collège de France* sobre el estado actual de los conocimientos y de la metodología de la ciencia en los dominios de la vida y de la cultura, y dentro de una concepción evolucionista del universo. El objeto filosófico de su curso es hablar, a través de esos datos científicos y metodológicos, la superación del antagonismo mecanicismo-finalismo exigida por la ciencia actual de la evolución.

El Professor Ricoeur, en su curso de Lógica de la Sorbona, estudiaba la evolución del conocer animal como preparación a la inteligencia humana, como también los presupuestos filosó-

ficos de la psicología aplicada a la psiquis animal, para descubrir también este doble hecho: no hay solución de continuidad entre el condicionamiento de la inteligencia y la inteligencia misma; pero, por otro lado, el primero es sólo condición y no producción de la segunda. Este mismo estudio de síntesis evolutiva lo había realizado ya el mismo profesor con respecto al paso de lo involuntario a lo voluntario en su Filosofía de la Voluntad.

Por último, uno de los *best-seller* franceses de los últimos años, ha sido el libro escrito por el célebre antropólogo francés, el Padre Teilhard de Chardin. Al igual que Merleau-Ponty, y que Ricoeur, Teilhard propone en su libro una visión evolucionista del universo, partiendo de la base de que es menester superar el dualismo, o mejor el antagonismo mecanismo-finalidad, materia-conciencia, ya que no son concepciones antagónicas, sino puntos de vista complementarios y necesarios a la ciencia para resolver respectivamente, los problemas del comienzo y del término de la evolución, aunque la abarquen en su totalidad.

Todo esto muestra, a mi modo de ver, que el evolucionismo científico ha entrado plenamente en ese período de verdadera y positiva neutralidad filosófica, y que se ofrece así a todas las concepciones que tratan de ayudar al hombre a comprender y a vivir plenamente su existencia. De ahí que no sólo el dogma católico no tenga ya ningún antagonismo contra el evolucionismo, sino que, cada vez más lo exija para perfeccionar su visión del universo en su relación con Dios.

B. — En efecto, y éste es el último punto que quería tocar para terminar esta visión demasiado panorámica y superficial del tema, la concepción cristiana del mundo recibe el aporte de la ciencia y de la cultura actuales bajo la forma precisa del evolucionismo.

El dogma católico evoluciona. Este es un hecho experimental, y no podía ser de otro modo. Toda sociedad humana no puede seguir poseyendo una significación en el tiempo, sin aplicar esa misma significación a los problemas nuevos que el tiempo le presenta. Pero ninguna sociedad — ello sería absurdo — quiere volverse otra, distinta, a cada nuevo problema, sino guardar una fidelidad esencial a su origen. Lograr una fidelidad creadora: he ahí el problema máximo, radical, de toda sociedad o institución. También lo es del

dogma católico. Y el hecho de que el católico crea que un auxilio divino garantiza esa fidelidad creadora de su dogma, no lo dispensa de buscarla, sino al contrario.

Pues bien, sólo una problemática procedente de una visión evolucionista del universo podía darle al dogma católico ciertos aspectos importantes para enfrentarse al mundo de hoy y cumplir en él su misión. Señalaré, sin detenerme, algunos de esos aspectos: el dogma católico necesita insistir en la solidaridad de la especie humana, frente a una especie de individualismo o liberalismo religioso; necesita insistir en el valor y en la dialéctica de las instituciones humanas que continúan al nivel de la cultura la evolución del universo; necesita insistir en el sentido irreversible de la historia con sus determinismos que no destruyen sino que condicionan la libertad de los hombres; necesita insistir en la importancia de la historia temporal en orden a edificar el mundo nuevo de la esperanza cristiana. . .

Y justamente estos son los puntos en que más trabaja e investiga hoy el dogma católico, dando así testimonio de la fecundidad que puede tener el pensamiento evolucionista para el destino espiritual del hombre. Por eso decía en un comienzo que lejos de existir un antagonismo entre evolucionismo y dogma, para el católico que vive el presente, sólo se puede hablar de íntima compenetración.